

ala delta

Pilar MATEOS
Teo PUEBLA

**LA PRINCESA QUE PERDIÓ
SU NOMBRE**



Érase una princesa muy descuidada que dejaba sus cosas desparramadas por todos los sitios. No es extraño pues, que un día, perdiera hasta el nombre y los amigos tuvieran que llamarla «chist chist».

Pilar Mateos es una de las más prestigiosas escritoras de literatura infantil, galardonada con el *Lazarillo*. Guionista de radio y televisión, también en este campo obtuvo premios importantes: de *Radio Nacional de España* y *Margarita Xirgú*.

Esto era una princesa
muy descuidada
que lo perdía todo:
los broches de perlas
y las zapatillas de cristal,
las cintas musicales,
las calculadoras japonesas
y las pequeñas coronas
adornadas con rubíes.

El día de las elecciones,
al salir del palacio,
se dio cuenta de que
había perdido su nombre.
Volvió corriendo a su aposento,
y miró encima de la cama,
en su mesa de trabajo
y en la tapa del tocadiscos.
Su nombre no estaba allí.



Revolvió en el interior
del armario, y rebuscó
en los bolsillos
de los abrigos viejos,
y entre los pliegues
de los vestidos de fiesta,
y sacudió su manto de armiño,

con la esperanza de que
su nombre cayera al suelo
como un billete usado de autobús.

Cayó el billete usado,
pero su nombre, no.





La princesa
le preguntó a la doncella:

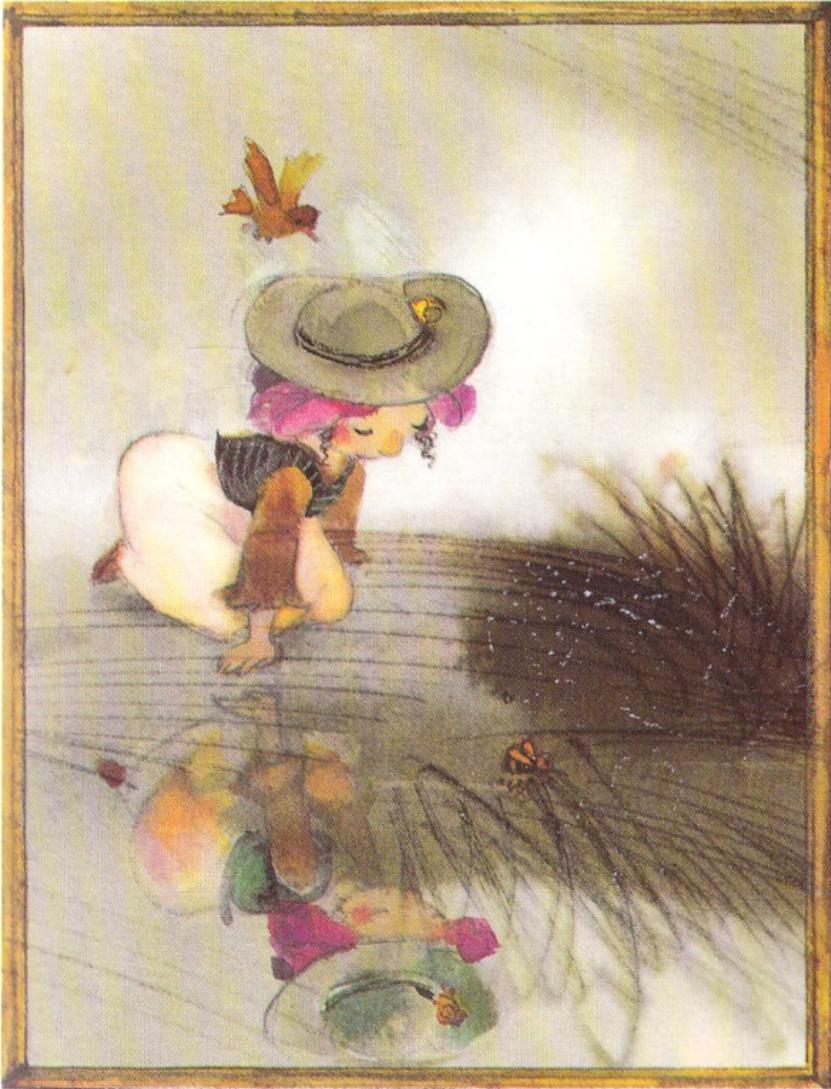
—¿Has visto mi nombre
por algún sitio?

—Hoy no —replicó la doncella—,

pero ayer lo vi
en el jardín de las petunias,
junto al estanque.

La princesa buscó su nombre
entre las petunias somnolientas,
y miró en el estanque,
por si el viento
lo hubiera arrastrado al agua
como a una abeja atolondrada.

La abeja estaba en el agua,
pero su nombre, no.



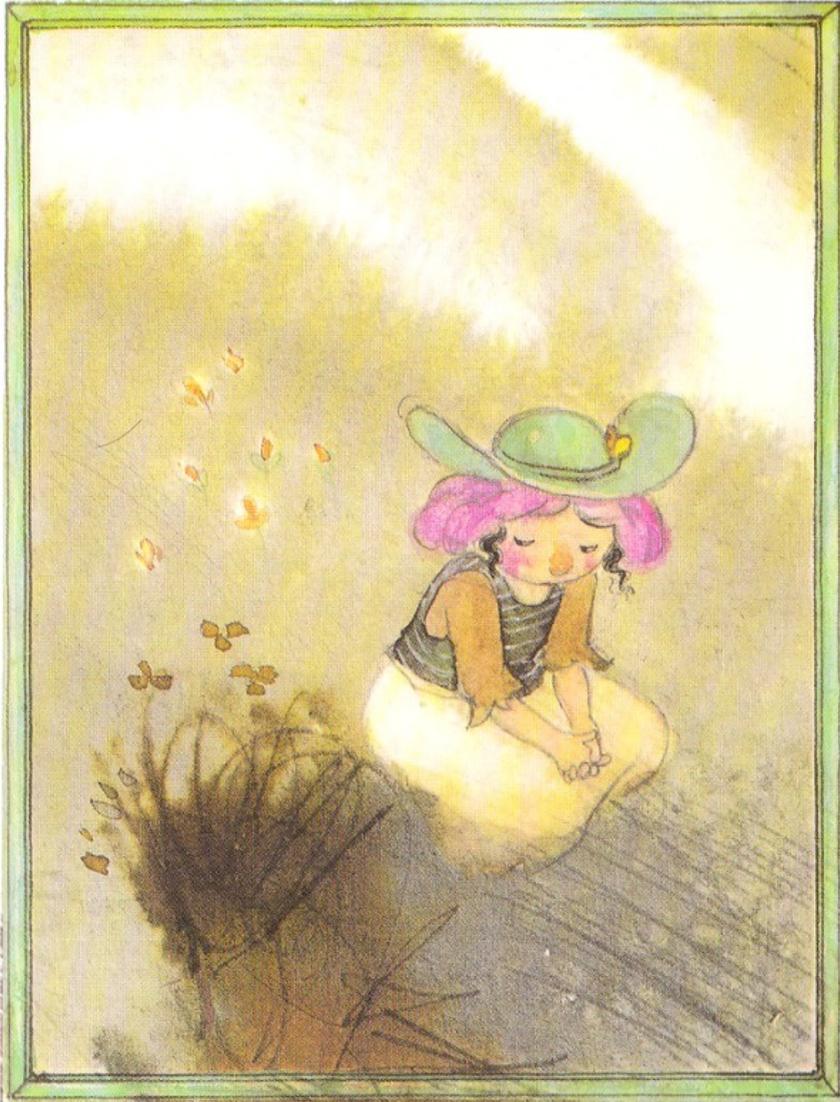
La princesa
le preguntó al jardinero:
—¿Has visto mi nombre
por algún sitio?
—Hoy no
—respondió el jardinero—,

pero ayer lo vi en el cielo.
Una paloma peregrina
se lo llevaba en el pico.

La princesa se sentó abatida
entre las petunias.

—¿Y ahora qué haré?
—se lamentó—.

Sin nombre no puedo votar.



—Tampoco puedes casarte
ni puedes firmar autógrafos
—añadió el jardinero—;
ni te darán el carné de conducir.



—¿Y mis amigos,
cómo me llamarán?

—Te llamaremos «chist, chist».

Pero cuando iba por la calle
y la llamaban haciendo «chist, chist»,
la circulación se interrumpía,
todos los transeúntes volvían la cabeza,
levantaban las cejas,
se señalaban con el dedo índice
y preguntaban:

—¿Es a mí?

La policía detuvo a la princesa
por alterar el orden público.

—Deme su nombre,
haga el favor.

—No tengo. Se me ha perdido.

—Eso lo dirá usted en comisaría.

La princesa se pasó la noche
en la comisaría, temblando de frío
bajo su camiseta de rayas,
entre mujeres vestidas como princesas
y terroristas que habían olvidado
las señas de su corazón.

El jardinero le llevó
bocadillos de jamón
y un jersey que le estaba muy grande
y le llegaba hasta las rodillas.

—Ha dicho tu padre
que ahora viene a rescatarte.